

# Saber <sup>quisiera</sup>

**ALBERTO BREMERMAN BORRAZ**

Con cariño a RJZA

Se le hacía tarde supongo, tenía cosas más importantes que hacer no como yo; supongo también. ¿Habría sabido lo que le sucedería? A lo lejos llegué a escuchar aquel sonido, las láminas se torcieron con el impacto, una cuadra antes pude escucharlo, ¿qué sucedió?

Era joven, unos veintitrés a veinticinco años de edad, empezó a rumorar la gente. Mis lágrimas brotaron antes de saber nada. ¿En qué momento vendrá la muerte por mí? Necesito saberlo, es imposible que las cosas sean así de injustas e impredecibles, si nadie se entera de mi muerte, si no puedo despedirme de mi amor, si mi familia llora y si mis amigos me extrañan.

Iba hacia un desayuno de trabajo con clientes muy importantes al otro lado de la ciudad, es por eso que salió tan temprano de su hogar. La puntualidad habla bien de la gente, era su lema. Por eso era exitosa, porque no esperaba al tiempo, ella siempre se le adelantaba. Su coche lo usaría su novio, además con tantos pensamientos y sentimientos sin duda no podría manejar; por eso viajaba en taxi.

Revisaba todos los documentos que tenía que llevar, el taxista trató de hacerle plática y aunque siempre era amable con la gente y uno de sus juegos favoritos era el de platicar con taxistas, ya que siempre obtenía un testimonio más de vida; no lo hizo como de costumbre. Su cabeza estaba llena además de las típicas cuestiones

laborales, en esta ocasión también de sentimientos encontrados; que la tenían preocupada, angustiada. Los taxistas ven a más gente que alguien que trabaja en relaciones públicas, tienen unas vidas llenas de experiencias, no son teóricos (puro conocimiento empírico), sólo encienden su auto por las mañanas y empiezan a vivir por kilómetro olvidándose del tiempo.

El taxista que la llevaba a su destino parecía amable, lamentablemente estaba muy ocupada y preocupada por su reunión, motivo por el cual no le hizo mucho caso. Él le preguntó -¿a dónde va?, ¿qué opina de los políticos?, ¿va a ver a su novio?-. En fin, contestaba lo que siempre le preguntaban. No respondió a ninguna de esas preguntas sólo a una.-¿Qué opina de la vida señorita?-.

Ella parecía no hacer caso a ese cuestionamiento, según dijo el taxista, hubo un silencio abismal, hasta que con una bonita sonrisa contestó: la vida señor, son instantes, así hay que vivir; debemos aprender a vivir por segundos, no por años. La vida es más fácil de lo que a veces creemos.

Señor, no sabe cuánto me gustaría cada mañana encender mi taxi (si tuviera uno) y salir a recorrer mi



Del Prado

vida. No estar siempre en un mismo lugar, platicar con la gente que se sube. Inventarme una vida que no he tenido, eso se lo digo porque yo sé bien cuando un taxista miente acerca de su vida. La vida para mí ha sido más fácil de lo que yo he creído, aunque siempre me ha gustado fatalizarla. Nunca he tenido un problema realmente significativo como para realmente creer que la vida me ha tratado mal. Cuando vivía en casa de mis padres, las cosas eran el cielo de verdad, pero decidí salirme para aprender a vivir. Mis padres nunca lo entendieron así, en lugar de su comprensión recibí rechazo y malos tratos. Parte de la vida, siempre he creído.

Si pudiera señor, en estos momentos me gustaría ir a ver a mis padres, hace un par de años que se niegan a verme, soy hija única. Al principio creían que jamás iba a poder salir adelante, creían que una señorita que se sale de su casa sin motivo alguno es porque es una perdida, una mujerzuela.

–Ya no tenemos hija–. Fueron las últimas palabras que escuché de sus labios. Ya no lloro al acordarme de esas palabras, me hicieron fuerte. Mi orgullo ha hecho que en este último tiempo tampoco quiera ir a verlos. Pero mi motivo ha sido porque quiero demostrarles que en estos últimos años por fin he podido tener lo que al principio me faltaba, después de salir de casa.

Empecé a trabajar de mesera, luego de secretaria, eso sí; nunca dejando la universidad. Ahora quisiera verlos porque ya me va mejor. Al principio vivía en una casa de huéspedes, era un cuarto pequeño que me provocaba asfixia, las medidas eran mínimas, no podía ni meter un closet. Integrados en una esquina del cuarto habían unos tubos en donde podía colgar mi ropa. Oía mucho a humedad y en ocasiones cuando el inquilino del cuarto de al lado fumaba marihuana el aire se enrarecía mucho más; entonces lloraba y empezaba a deprimirme. Era cuando quería salir corriendo de vuelta a mi casa, pero sabía bien que mis padres no abrirían las puertas. En aquella casa de huéspedes sólo había un baño, el

cual teníamos que compartir cuatro personas, aprendí a no bañarme por las mañanas, eso lo hice para no llegar tarde a clase de siete y también para no resfriarme. Nunca había suficiente agua caliente para nosotros, sólo los primeros en ganar la regadera comunitaria, tenían ese privilegio.

Afortunadamente en el despacho en donde me empleaba como secretaria, después me contrataron como pasante. Los abogados se han portado muy bien conmigo. Es por eso que ya rento un departamento para mí sola, con mucha agua caliente afortunadamente; el coche que uso es propiedad del despacho.

Señor taxista, probablemente esta sea la primera y última vez que lo vea; por eso es que puedo contarle lo que me pasa. Me he encontrado con choferes que son los mejores psicólogos, tal vez usted pueda entenderme. La historia que me agobia es larga, pero el punto principal es que estoy enamorada de un cliente del despacho.

Es mayor que yo, pero ¿qué es el tiempo?, ¿qué es la edad? Le digo una cosa, sólo son estupideces; pero les damos más importancia de la que realmente se merecen. Es casado, me convertí en su amante, me sentí durante mucho tiempo una puta. Nunca me ha importado, nunca lo he tenido por completo, nunca dejará de vivir con su esposa. No me importa, sigo enamorada, si tengo ahora otro novio es sólo para darle celos, sé que un día de estos, el menos esperado seremos felices por completo. No habrá ni esposa ni otro novio.

No sabe cuánto le amo, pero a veces las cosas se nos complican; ayer de hecho, tuvimos una discusión. Me siento muy mal señor, es que tal vez no importe la edad como números, pero lo que sí importa es la edad emocional, la madurez, la vida ya vivida. Nos peleamos por una tontería. Todo empezó cuando me habló de una cena de cumpleaños que le hicieron sus amigos, que se la había pasado muy bien y que les agradecía muchas cosas. En su plática mencionó quienes habían asistido, yo conozco a sus amigos por lo que él me dice; no tengo

el gusto de conocerles físicamente. Me molestó mucho el saber que su esposa estuvo en ese festejo. Mi inmadurez me hizo pensar que yo debía estar ahí, pero ¿quién soy yo? Soy un fantasma en su vida, nadie sabe que existo, estúpidamente imaginé que yo podía estar ahí con él.

Con qué derecho le reclamé esas tonterías, trató de calmarme, me dijo que le diera tiempo, que no es tan fácil. Cerré mis oídos a cualquier explicación, sólo lloré, me bajé de su auto y caminé rumbo a mi casa. Llegando a mi casa, mi novio me preguntó qué es lo que me sucedía, no le respondí nada. Con respecto a mi novio, no lo quiero; es un compañero de la universidad que hace poco me confesó que estaba perdidamente enamorado de mí. Seré honesta, no siento nada por él y se lo diré hoy mismo; sólo es mi máscara para creer que puedo tener una relación sin vicios. ¡Vaya que soy estúpida! No sé por qué me engaño a mí misma. Yo sólo quiero a uno y sé que él también me quiere demasiado. No sé por qué le platico estas cosas señor mire, ya hasta mis lágrimas removieron el maquillaje.

Acabando mi compromiso de trabajo, iré a buscarlo a su casa, su mujer trabaja de nueve de la mañana a seis de la tarde, calculo que mi desayuno terminará a las nueve en punto, cité al cliente cerca de su casa para que así me dé tiempo de ir a verlo. Él siempre sale de casa rumbo a su oficina media hora después de su esposa. Le he escrito una carta diciéndole que me entienda, que me tenga paciencia, que lamento mucho haberme enojado ayer con él, que no me importa si me lleva a cenas con sus amistades; lo único que quiero es estar con él, sea como sea.

Le enseñó una foto al taxista, la sacó de su agenda, sólo le enseñó una de varias fotos que traía guardadas; fotos de cuando estuvieron en la playa. El taxista dijo que después de llorar, sonrió al ver aquella fotografía. Lo último que comentó es que tenía muchos planes para el futuro, ese mismo día le daría una buena noticia a su enamorado, ya pronto sería su examen profesional; ya pronto sería alguien.

-En cuanto a la vida señor, creo que es amar sin condiciones, la vida son sus sonrisas, la vida es un instante, para mí la vida es su mirada-. Esas fueron las últimas palabras de aquella muchacha. Después sólo gritó.

El taxista creyó que era una mujer dichosa al fin y al cabo, alcanzó a notar sinceridad en aquellas palabras y un brillo especial en sus ojos.

Me dirigía a la escuela, escuché el impacto como ya dije, los vehículos se detuvieron justo al pasar en frente del accidente; el camión en el que viajaba se detuvo también. La gente que iba dentro empezó a gritar que había mucha sangre, que había una mujer atrapada en el asiento de atrás. La gente del camión empezó después a especular sobre cómo había sido el impacto. Qué si el taxista se pasó el semáforo o qué si el de la culpa había sido el conductor de la camioneta que se impactó contra el taxi en el que aquella mujer viajaba. Yo no quise mirar hacia afuera, clavé la vista a mi libro aunque sin leer; la señora sentada enfrente de mí empezó a llorar pidiendo a Dios por el alma de la mujer; -¡pobre mujer!-, decía entre dientes. Después yo también empecé a llorar.

No quiero que mi vida sea un viaje en camión sin regreso, no quiero que mi vida sea un charco de sangre regado en el asfalto.

Quisiera saber cuándo voy a morir.

